

cubren, si se atiende en especial á la forma de la casulla y al planchado y rizado del alba, revelan bien claro que su hechura es relativamente moderna y muy probablemente de la época de su última traslación, verificada, como es sabido, el día 2 de Septiembre de 1792.

De todos modos, lo que más hace á nuestro actual propósito, es que nadie puede negar sin temeridad loca y manifiesta que, en estos primeros días del siglo XX, el cuerpo de San Narciso se conserva todavía, á Dios gracias, en la más admirable integridad.



CAPITULO XI

Las moscas de San Narciso.

Entre las noticias posteriores al martirio del excelso patrono de Gerona ocupa sin género de duda lugar preferente el hecho verdaderamente prodigioso á que alude el epígrafe con que encabezamos el presente capítulo. La tradición constantemente guardada por espacio de seis siglos y la historia, que nos suministra respecto de aquel suceso copiosísimos datos, atestiguan de consuno la autenticidad de tan celebrado prodigio.

Para que mejor pueda apreciarse su significación é importancia, ha de permitirnos el benévolo lector una breve excursión histórica que nos conducirá al punto en que admiraremos á un mismo tiempo uno de los más sonados triunfos de nuestro Santo héroe y otra de las mas preciadas glorias de nuestra patria.

A mediados del siglo XIII (año de 1258), acababa de ser coronado por rey de Sicilia

el príncipe tarentino Manfredo, hijo del emperador Federico, entre las aclamaciones y el entusiasmo de sus vasallos, que le guardaron profundo amor durante su reinado. De los continuos sinsabores que amargaron los días de tan egregio monarca, fué quizá el más doloroso la persistente hostilidad que contra él manifestó el papa Alejandro VI, que á la sazón regía los destinos de la Iglesia; contratiempo que no cesó para el rey á la muerte de aquel Pontífice, ocurrida en 25 de Mayo de 1261, sino que continuó y aún recrudesció en el subsiguiente pontificado de Urbano IV, francés de nación, que precisamente por este motivo prosiguió la obra de su antecesor y siguió tan desafecto á la casa real de Sicilia, que llegó á declarar rebelde y usurpador del trono al rey Manfredo, pretextando, como principal motivo de su enemiga, el favor que este príncipe prestaba al bando de los Güelfos contra el partido de los Gibelinos, en quien hallaba el Papa decidido apoyo. En estas pretensiones y mientras Urbano IV se disponía (con razón ó sin ella, que esto anda en opiniones entre los historiadores), á acabar de una vez con la casa de Manfredo, sobrevino la muerte del Papa y le sucedió en el pontificado el célebre Guido de Fulques, ó Fulquerio, también francés, natural de Provenza, bajo el nombre de Clemente IV. Como es natural, siguió apoyando las

pretensiones de Francia contra Sicilia, y si bien, como sus antecesores, fué verdadera gloria de la Iglesia, en esta cuestión política no anduvo tan acertado como quizá hubiera convenido á los intereses de la Iglesia misma, segun opinión de graves y piadosos autores. Puso decidido empeño en exterminar la casa real de Sicilia y llegó á deponer á Manfredo, dando con solemnidad inusitada la investidura real al duque de Andegavia y conde de Provenza Carlos de Anjou, quien, envanecido con el apoyo del Sumo Pontífice, juntó un regular ejército y trató de apoderarse por la fuerza del reino de Sicilia. Manfredo se dispuso á la defensa de sus estados y salió contra el invasor, quedando vencido en los campos de Benavento (Nápoles), donde recibió la muerte en 16 de Febrero de 1266.

El príncipe Carlos se apoderó entonces de los reinos de Nápoles y Sicilia y empezó en ellos la dominación francesa que sembró de luto y horrores aquellas fértiles campiñas. No hubo crimen, brutalidad ni insolencia que no cometieran los franceses contra los sicilianos (1), viéndose el mismo Papa obligado repetidas veces á acudir en queja á su protegido el rey Carlos, por las horribles atrocidades de los que tanto favor le debían.

Antes de su caída, había el infortunado

(1) Mariana, lib. 14, Cap. IV.)

Manfredo buscado, para su defensa, una alianza con el rey de Aragón don Jaime I, llamado *el Conquistador*, terror entonces de la morisma, á la que acababa de arrojar de Mallorca y Valencia; y este gran rey, honra y prez de nuestra patria catalana, se prestó gustoso á favorecer la justa causa del rey de Sicilia, concertando el matrimonio de la hija de éste, Doña Constanza, con el primogénito de Aragón D. Pedro III; matrimonio que se realizó con singular contentamiento de ambos reinos.

Desde entonces comenzó D. Jaime á establecer activas negociaciones con la Santa Sede en favor de los desgraciados sicilianos; más todos sus esfuerzos se estrellaron contra la resuelta tenacidad de los Papas, que en mayor ó menor grado fueron siempre afectos á la casa de Anjou, sin que le valiese al piadoso rey aragonés el prestigio y santidad de su ilustre confesor Fr. Raimundo de Penyafort, que nada pudo recabar de Roma, á pesar de su gran valimiento en la corte pontificia.

Muerto el rey de Aragón, entró en posesión del reino su primogénito D. Pedro III *el Grande*, en 1276, y este sabio príncipe, no menos ilustre que su padre y antecesor, debió ocuparse durante algunos años en acallar contiendas ya en el Principado catalán, que formaba parte de sus estados, ya tam-

bién en Mallorca y Rosellón, que habian tocado por herencia á su hermano y feudatario D. Jaime, y hubo además de proseguir la guerra contra los sarracenos, que no cesaron de hostilizarle durante su revuelto y glorioso reinado. Entre tanto, durante el espacio de quince años que habian transcurrido desde el entronizamiento de la casa francesa de Anjou en Nápoles y Sicilia, se sucedieron en el pontificado los papas Gregorio X, Inocencio V, Adriano V, Juan XX y Nicolao III, hasta que en 1281 fué elegido papa el cardenal Simon de Brión, hijo de una ilustre familia francesa de Tourena, que tomó el nombre de Martín ó Martino, conocido en los anales eclesiásticos por Martino IV.

La crueldad y los desmanes de los franceses para con los sicilianos, que habian seguido durante ese período, recrudecieron entonces de una manera espantosa y llegaron á colmar la paciencia de los naturales de aquella isla, en términos que, dirigidos desde Palermo por Juan de Prócida y mediante valiosos recursos con que les favoreció el emperador griego Miguel Paleólogo y el poderoso apoyo que encontraron en D. Pedro de Aragón, urdieron una vasta conjura, y en la vigilia de la Pascua de Resurrección, 30 de Marzo de 1282, al toque de Vísperas, que era la señal convenida, cayeron como un solo hombre sobre los franceses y los pasaron á

degüello, pereciendo 8.000 de éstos; hecho que la historia ha transmitido á la posteridad bajo el conocido nombre de *Vesperas sicilianas*.

Realizada esa atroz matanza, comprendieron los sicilianos que el rey de Francia trataría de vengarla, y mandaron desde luego embajadores al rey de Aragón, suplicándole qué, toda vez que le amparaba el derecho á la posesión de Sicilia, por razón de los derechos de su mujer doña Constanza, se dignase volar en su socorro y se coronase rey de aquella isla. Don Pedro no se hizo de rogar y salió inmediatamente con regulares fuerzas, dirigiéndose á Palermo, donde fué en efecto coronado por rey y reconocido por los naturales de aquel territorio. Carlos de Anjou quiso oponerse á ello y entró en lucha con el rey de Aragón; pero quedó vencido, perdió definitivamente el reino de Sicilia y á poco murió de vergüenza al ver á su hijo prisionero de su poderoso competidor.

Indignáronse los franceses contra Don Pedro y su reino, y juraron vengar su derrota. El Papa Martino IV, siempre atento y favorable á las pretensiones de Francia, participó desde luego de las iras de esa nación orgullosa, y con rigor inusitado excomulgó al rey de Aragón, puso en entredicho sus estados y trató de levantar contra él una cruzada, despachando como legado apostóli-

co para predicarla en Francia á Juan de Noentel (1), cardenal presbítero del título de Santa Cecilia, que fué solemnemente recibido con tal objeto por el rey Felipe III, *el Atrevido*, el día 5 de las Idus de Julio del año 1283.

Al rumor de esos precedimientos del Papa y á consecuencia de la solemne publicación de la cruzada, juntó el rey de Francia un formidable ejército y trató de invadir con él los estados del rey aragonés.

No se durmió D. Pedro, y por su parte reunió también la gente de armas que le fué posible reclutar; y sabiendo que el ejército francés se dirigía hácia el Rosellón, con el propósito de llegar y apoderarse de Cataluña, salió con sus tropas de Barcelona, pasó por Gerona y Figueras y fué á acampar sus huestes más allá de la Junquera, al pié del collado de Panissars, donde, por medio de una ingeniosa estratagemá, obligó al rey de Francia á replegarse con sus ejércitos hasta Perpiñán, con lo que logró el tiempo necesario para mejor preparar su defensa y recibir considerables refuerzos.

Por fin, se dirigió Felipe hácia el Ampurdán con un ejército treinta veces superior á la reducida hueste catalana, y logró entrar

(1) Odorico Raynaldo, en sus *Anales*, le llama Coleto (*Ad annum 1285*, núm. 24).

en él, auxiliado por los guías é instrucciones que traidoramente le proporcionó el abad del monasterio de San Pedro de Roda, que era francés, y siguió avanzando hasta Figueras y Castelló de Ampurias, logrando apoderarse de esta villa merced á traiciones y felonías de algunos malos ampurdaneses que se vendieron alevosamente al enemigo de su patria.

La inferioridad de las fuerzas del rey Don Pedro hizo que el francés, con relativa facilidad y sin costarle mucha sangre, fuese avanzando hácia Gerona; en vista de lo cual y con el propósito de defender ante todo á esta ciudad, D. Pedro fué ordenando su retirada, poniendo en la posible defensa los lugares más importantes y preparando la resistencia al terrible embate con que el rey de Francia seguía amenazando. Al llegar D. Pedro á Gerona, reunióse en ella un numeroso Consejo para deliberar acerca de la conveniencia de defenderla ó abandonarla al enemigo, en vista de la escasez de medios y de gente. Entre los encontrados pareceres y las serias dificultades que en aquella asamblea surgieron, el rey optó, á pesar de todo, por la resistencia, con tal que hubiese quien tomara á su cargo la dirección de la defensa de la ciudad; y, habiéndose excusado varios de los caballeros invitados para tan honroso cometido, el Vizconde de Cardona don Ramón Folch

levantó la voz y se ofreció á dirigir una defensa que de consuno demandaban los intereses de este país y la suerte de Cataluña toda, pendiente quizá de esta heroica resolución. D. Pedro salió luego con algunas fuerzas hácia Hostalrich, con la principal mira de atender también á la salvación de la capital del Principado, si llegase á verse amenazada, y Gerona se puso desde luego en estado de responder á los ataques del poderoso enemigo.

El rey de Francia puso en movimiento sus huestes sobre Gerona y acampó delante de ella el día 26 de Junio de 1285. El sitio fué estrechísimo, el embate del adversario violento y tenaz en extremo, y la defensa heroica y gloriosa como las que en otros muchos cercos y en épocas posteriores han granjeado á la invicta Gerona el justísimo renombre de inmortal.

Si la índole de este libro lo consintiera, dedicaríamos algunas páginas á la reseña de uno de los más brillantes hechos de armas de esta famosa ciudad catalana; pero la conveniencia y el deseo de no divagar lejos de nuestro objeto nos lo impiden.

Después de una larga y épica resistencia, el cansancio de los defensores, las enfermedades y el hambre impusieron á Gerona una honrosa capitulación que se verificó el 5 de Septiembre del referido año. La guarnición